

PAULA DE GREI

INDEPENDIENTE

Independiente

D. R. © 2018 Paula De Grei

Diseño de portada © 2018 Paula De Grei

Todos los derechos reservados

Edición 0: agosto 2018

Página Oficial: www.pauladegrei.com

Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de la autora, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

ÍNDICE.....	3
SINOPSIS.....	4
AGRADECIMIENTOS.....	7
PREFACIO.....	8
PRIMER DÍA.....	9
EL RECREO.....	21
SEGUNDO DÍA.....	32

SINOPSIS

Hola, mi nombre es Paola.

De niña me vestían de rosa, fui a colegio de monjas y aprendí a ser ama de casa a una edad que quisiera no recordar.

Como no me dejaban jugar a la pelota porque era deporte de varones, opté por practicar handball... pero mis padres tampoco parecieron conformes.

En el correr de este tiempo tomé un montón de decisiones que creí correctas para después darme cuenta que pudieron no ser así, pero al menos fueron mías.

Un amigo solía decir que una vez que alguien lee tus escritos ellos ya no te pertenecen, se vuelven de quien lo lee. Será por eso que escribo... porque la mejor manera de dejar ir el pasado es hablando de él, o escribiendo en mi caso. Sea como sea, esta historia ya no me pertenece.

Resumen de la obra por Pablo,

de <https://elaquijonescarlata.wordpress.com/>:

Paola Risso es una joven que lucha por abrirse camino en una carrera universitaria masculina, mientras hace frente a sus problemas de pareja y a los conflictos familiares. Es entonces cuando, tras una fuerte discusión con su padre, decide que ha llegado el momento de ser independiente, iniciando un recorrido de crecimiento personal y descubriendo el significado de la verdadera amistad.

*A todos en general,
y a nadie en particular.*

AGRADECIMIENTOS

Al que me soporta, una vez más

A **BornToBeOscar**, el mejor prologuista del mundo

A **Ani** → <https://modeloparaarmar.wordpress.com/>

A **María** → <https://elficarosa.wordpress.com/>

A **Luna Paniagua** (Uxue Montero)

→ <https://lunapaniagua.wordpress.com/>

→ <https://www.lupacor.com/>

A **Lidia Castro Navàs**

→ <https://lidiacastronavas.wordpress.com/>

Todas las personas arriba mencionadas colaboraron con los resultados positivos de esta obra, así que ni se le ocurra echarle la culpa de los negativos que de esos ya me hago cargo yo.

PREFACIO

Es extraño cómo funciona la vida, ¿o debería decir mi vida?

Hoy te veo a ti, recostado a mi lado y me pregunto: «¿Qué es lo que hago escribiendo de otro?».

Mejor escribo sobre ti, ahora, mientras puedo.

PRIMER DÍA

No había querido llevar prendas demasiado ajustadas. Por lo que decían las personas y lo que yo misma había podido corroborar al momento de la inscripción, seguramente fuera una de las únicas o la única chica de la clase.

Me vestí con unos *jeans* clásicos bastante holgados que me había comprado durante el invierno pasado y un buzo blanco de lana con cuello de tortuga tejido por mi madre un par de años atrás, cuando por fin cedió ante la paleta de colores y comenzó a respetar mis gustos personales. Desde entonces, esa se había convertido en una de mis prendas de abrigo favoritas, más como insignia reivindicadora que otra cosa.

No puedo decir que había elegido una mala combinación, más bien discreta. Me sentía cómoda.

Mi madre, por otra parte, de haber visto cómo salí vestida de casa esa mañana, seguramente me hubiera catalogado como una completa aburrida.

Era un hecho que ella y yo diferíamos bastante en gustos y más aún en la ropa, desavenencia que en su momento fue un verdadero suplicio, cuando no era capaz de elegir por mí misma lo que vestía, o cuando simplemente ignoraba mi opinión. Mientras yo era propensa a vestir prendas de colores clásicos y más bien sobrios, a ella le gustaban los colores llamativos y los cortes de moda; una verdadera *hippie* moderna.

Por suerte, esa mañana mi madre no estaba allí, al igual que tantas otras.

Es verdad que aún no estábamos en invierno y puede que algunos consideraran mis prendas como una exageración para mediados de marzo, sin embargo el otoño se había apresurado y los vientos del sur comenzaban a azotar con fuerza la capital. Una vez más, la Antártida nos regalaba su fresca brisa relevando al sol de su puesto de trabajo durante otra temporada.

Me crié en uno de los tantos barrios obreros periféricos de la capital de Uruguay, Montevideo. Lejos del centro, lejos de todo.

Vivíamos de «préstamo» en una pequeña pero acogedora casa gracias a la generosidad de mis abuelos paternos: mis segundos padres.

Mi madre, María, trabajaba fuera de casa como modista para una de las grandes empresas importadoras de ropa del país. Mi padre, César, bautizado con el mismo nombre que mi abuelo, era obrero metalúrgico y mantenía un trabajo fijo de once horas diarias que cumplía de lunes a sábados desde que yo tenía uso de razón. Su ausencia en la casa era normal.

Por alguna razón mis padres nunca habían evaluado la posibilidad de salir de ese vecindario, si bien a ninguno de los dos le convenía, por los tiempos de traslado a sus respectivos trabajos.

En cambio yo siempre soñé con la idea de vivir en el centro de la capital y sumergirme en un ambiente distinto al cual estaba más que acostumbrada, o aburrida en todo caso.

Cualquier distancia parecía pequeña comparada con el tiempo que demoraba en trasladarme hasta el centro de la ciudad: una hora y cuarto sin excepciones por feriados.

Pero ahora mi vida estaba cambiando, me acercaba cada vez más a mi sueño. Ese día daba el primer paso hacia mi independencia: el primer día en la Universidad.

—Me llamo Paola Risso. Tengo dieciocho años y vengo del Instituto María Auxiliadora, orientación Ingeniería.

Ni bien había comenzado a hablar noté cómo el calor invadía los perfiles de mi rostro, producto de la incomodidad que me generaba tener que dirigirme a toda una clase repleta del sexo opuesto, siendo yo, en ese momento, la única chica presente. Lo sabía porque el profesor al principio de la clase se había tomado la molestia de informarnos que éramos cincuenta y siete alumnos: cincuenta y cinco hombres, y dos mujeres.

Es verdad que durante los anteriores dos años de estudio me había acostumbrado a ser una de las pocas chicas en cursar bachillerato científico, cosa que me estimulaba y disgustaba de igual manera.

A diferencia de mí, mis amigas odiaban la matemática y preferían sumergirse en el mundo de las leyes antes de darle una oportunidad al cálculo diferencial.

Durante el bachillerato fuimos invariablemente tres chicas. Con una pude entablar una bonita amistad que hasta el día de hoy mantengo, con la otra solo intercambiar unas pocas palabras.

«A lo mejor tendría que haber hecho igual que mi desconocida compañera y venir al día siguiente», pensé en la chica ausente.

Luego de presentarme bajé la vista y concentré mi atención en lo blanco de la hoja, como un triste intento de camuflaje mental. Esperando que se disiparan los colores de mi rostro, me reprochaba que no había sido inteligente llevar el buzo blanco aquel día. No había pensado en los contrastes, de seguro mi madre se reiría.

Junto a mí estaba sentado un chico de pelo largo castaño. Parecía algo tímido al trato en general, aun durante su presentación no había sido capaz de enfocarse visualmente en

otra persona que no fuera el profesor. Mientras los nombres pasaban, él no hacía más que resguardarse, encorvado tras su melena y los garabatos que dibujaba sobre su hoja.

—Hola, soy Paola —lo dije alto y claro para que notara mi presencia, que hasta ahora había pasado desapercibida para él, como la del resto.

—Lo sé, te escuché cuando te presentabas. —Levantó la vista dirigiéndome una mirada burlona y volvió a ensimismarse entre sus cosas.

—Tienes razón, Iván, el profesor nos ha robado la primera conversación. —Mi compañero no estaba resultando de lo más amigable, sin embargo era mejor intentar conversar con él que con la pared blanca que estaba a mis espaldas. Decidí intentarlo una vez más.

—¿Qué dibujas?

—¿Siempre eres tan entrometida? —Esta vez no se giró a devolverme ni siquiera la mirada y continuó rayando su boceto sin mediar más palabra. Concluí que ese no iba a ser uno de mis nuevos mejores amigos, contuve las ganas de contestarle

alguna tontería y volví a prestar atención a las presentaciones de los demás. Con suerte podría identificar a alguien simpático con quien hablar en el recreo.

El salón quedaba pequeño para tanta cantidad de alumnos. Los chicos que habían llegado algo pasados de hora se hallaban apilados sobre y a ambos lados de la puerta cortando el paso al salón.

Por un momento extrañé la seguridad que me provocaba el instituto, entre los conocidos rostros y la organización de los cupos, lo primero que marcaba la diferencia entre un establecimiento privado y uno público; pero decidí dejar de prestar atención a mis pensamientos, al igual que ignoré la actitud de Iván, y me concentré en cada una de las personas que se iban introduciendo durante la clase.

Era un paisaje variopinto de varones y de diferentes edades, podía notar. Algunos se introducían de forma galante y elocuente, otros de manera desinteresada, como si alguien los obligara a estar sentados allí.

Cada vez que alguien nuevo se presentaba, las miradas automáticamente se dirigían hacia la persona durante unos segundos y luego volvían a perderse en los confines del infinito y en el más acá de las paredes. Encontré varios curiosos que me observaban de refilón hasta que cruzábamos miradas y decidían bajar la suya junto con la mía.

Me llamó la atención un grupito de varones que conversaban divertidamente entre ellos, sin estar prestando demasiada atención al entorno, a quienes el profesor Molina tuvo que llamar varias veces al orden y al cual desfachatadamente ignoraron en cada ocasión.

Me propuse acercarme a ellos a la hora del corte, parecían amistosos, a diferencia de Iván, quien continuaba evadiendo al mundo en general.

Un mensaje llegó a mi celular, que sonó con el típico estruendo del Nokia 1100. Por fortuna y dado que el techo del salón era lo suficientemente alto, el sonido proveniente de mi mochila rebotó por las paredes del aula y como consecuencia todos los integrantes de la clase se miraron los unos a los otros,

desconcierto al cual me sumé con descaro y sin el menor atisbo de culpa, para pasar desapercibida ante lo que instintivamente detecté había sido un acto irrespetuoso y no un simple e inofensivo descuido por mi parte.

Iván, presuntamente desatento de todo, me dirigió una mirada incrédula por encima de sus anteojos.

—¿En serio? —Me apresuré a contestarle para que dejara de observarme de una vez. Soltó un soplido intempestivo y haciendo gala de toda la parsimonia del mundo se ocultó al mejor estilo avestruz dentro del bunker que le proporcionaban sus oscuros cabellos, otra vez frente a su cuaderno.

Nota mental: «No volver a sentarme cerca de este individuo nunca más».

—Les recuerdo, alumnos, que desde hoy son estudiantes universitarios y deben actuar como tales. Si no se pueden acordar de silenciar la bocina de ese insignificante aparatito electrónico, lo mejor será que se planteen si quieren ser

ingenieros —hizo una pausa deliberada para luego detenerse en mi dirección y completar—, o ingenieras.

Sostuve su mirada con la mayor cara de *poker* posible hasta que una voz oportuna interrumpió la escrutadora observación.

—Mi nombre es José Miller, estudié en el Instituto Departamental de Colonia y... soy de Colonia.

Respiré hondo aliviada por el origen de la distracción y me giré para prestarle atención a mi salvador, consciente de que el color de mis mejillas no se iba a ir a ningún lado y mi buzo blanco tampoco.

—¿Ah, sí...? Y dígame, joven, ¿qué lo impulsó a elegir esta rama de la ingeniería? —El profesor le preguntaba con exagerada desidia mientras escribía los horarios de clase en el pizarrón.

José levantó su pierna derecha y la apoyó en el borde de la silla dejando al descubierto la rodilla que asomaba por una de las rajaduras de su *jean*. Ese gesto le dio un toque obstinado y rebelde.

—La música, señor. —José le contestó audiblemente más alto, intentando que el profesor le devolviera la atención.

—Interesante... —El profesor hizo una pausa a la vez que se giraba paulatinamente con sus gafas casi sobre la punta de la nariz, que le daban un aire más cínico de lo que su actuación sugería—. Dígame entonces cinco atributos que la música y la electrónica tengan en común —completó con aire desafiante mientras se cruzaba de brazos y se acodaba en uno de los laterales del pizarrón.

—Audio, ruido, amplificación, distorsión y... mujeres.

Su última palabra fue el remate perfecto y provocó que todos los presentes largaran la carcajada, incluido el profesor, que ahora se había incorporado y caminaba en dirección hacia él con los brazos aún cruzados, la cabeza gacha y una mueca de satisfacción que asomaba en la comisura de sus labios.

—Está usted en lo cierto, ¿no lo cree, Risso? —El profesor se volteó hacia mí y automáticamente pasé a ser el centro de atención, de nuevo.

—Agh... genial —susurré sin darme cuenta.

—¿Qué dijo, Risso? No la escuché. —Me observaba desde lejos con aire socarrón. Imagino que la gama de tonalidades de mi rostro coincidían con toda la señalética de un semáforo.

—Nada —callé como una cobarde, y recosté mi espalda sobre la pared. Deseaba volverme transparente para difuminarme en el impoluto blanco del salón... Dado el imposible, me conformé con que el calor de mi cuerpo se disipara como producto del contacto corporal con la estructura del lugar. José me observaba divertido desde el otro lado de la clase, en su misma postura y con una sonrisa que reflejaba unas silenciosas disculpas. No supe qué gesto devolverle así que desvié la mirada, no necesitaba de un salvador.

«Glorioso inicio de carrera», pensé, y esta vez fui yo quien se refugió entre lo cuadriculado de su cuaderno, percibiendo la risita insolente de mi compañero de banco, Iván.

EL RECREO

—Hola, chicos. —Me acerqué a ellos durante el descanso como me lo propuse.

—Hola —contestaron todos al unísono y quedaron automáticamente en silencio, observándose entre ellos sin saber mucho qué decir.

—Gran comienzo, ¿no? —continué, fue lo único que se me ocurrió para romper el hielo, ya que ellos parecían momificados ante mi presencia. Finalmente, todos se echaron a reír y yo también.

—Paola, ¿verdad? —me preguntó el más bajito, aún más bajo que yo. En realidad yo sería la más alta de los tres si no fuera por uno de ellos.

—Todavía... pero estoy pensando en cambiarme el nombre después de hoy. —Los tres volvieron a soltar la carcajada, pero ahora sin el menor vestigio de timidez en el ambiente.

—Él es Ramiro. —Apuntó al más alto de todos, un chico robusto de piel morena, pelo cortado al ras con unos anteojos

que parecían heredados de su abuelo y un atuendo demasiado formal para la ocasión—. Daniel... —Señaló a un chico de altura media y aspecto más informal que Ramiro, vestido con una camisa azul a cuadros y unos *jeans* desgastados, que me observaba de frente en ese triángulo que ahora era un cuadrado.

De los tres, Daniel era el que aparentaba ser más normal, por así decirlo. Su mirada me hizo sentir a gusto en cuestión de segundos, parecía que estaba conteniendo su personalidad para no embarullarme. Lo único que hizo fue encender un cigarrillo y ofrecerme uno, el cual rechacé con amabilidad; había probado una sola vez y la mala experiencia me había sacado las ganas de hacer un segundo intento.

—Y yo, el único e inigualable, Martín, o Tato para los amigos. A sus servicios señorita. —Hizo una reverencia y le contesté con el mismo tono dicharachero, tomando mi imaginario vestido por los extremos y posando mis pies uno tras otro.

—Bueno, bueno, pero qué tenemos aquí... —Una voz conocida se acercaba desde mis espaldas a nuestro cuadrilátero ya establecido.

«No puede ser», pensé.

—¡Pero si es el músico! —Martín lo saludó efusivo dándole la mano y tomándolo por el hombro para introducirlo en el cuadrilátero que ya se estaba empezaba a convertir en una estrella de cinco puntas.

—José, para los amigos. —Con una sola frase ya se los había ganado a todos, otra vez. Yo había quedado desplazada hacia un costado mientras se terminaban de presentar y saludar a lo bestia entre ellos.

—Te presento a nuestra nueva amiga, Paola. —Martín sonrió y tomándome también por el hombro me obligó a saludarlo con un beso.

—Un gusto —completó antes de que Martín hubiera comenzado a alabarlo por la exhibición realizada minutos antes frente a Molina en el salón.

—Te pasaste, le caíste bien al profesor, tienes el curso aprobado —le dijo Ramiro mientras se limpiaba las gafas en su impecable camisa.

—Dicen que es un profesor difícil, así que mejor que hayas empezado con el pie derecho —continuó Daniel que ya hacía rato había terminado su cigarro.

—De cualquier forma, no existe cosa que no se pueda arreglar con una botella de un buen *whiskey*, solo me falta saber si le gusta el americano o el escocés y tenemos el año salvado.

Aquel comentario pareció caerles como chiste a todos menos a mí, que continuaba agazapada en una de las puntas de la estrella sin decir una palabra.

Decidí alejarme del grupo y encaminarme hacia el salón; ya casi era la hora de entrar y lo último que quería era darle más material al profesor para humillarme frente a la clase otra vez. Deseaba que mi primer día de clases acabara lo antes posible para que al siguiente apareciera esa compañera de la cual Molina había hablado durante la presentación. O al menos eso esperaba.

A los pocos metros escuché que unos torpes pasos se acercaban a mis espaldas.

—Te acompaño, ya casi es la hora. —José se había separado del cuadrilátero para volver a clase a mi lado—. El profesor es un idiota —continuó en un estúpido intento de sacar conversación.

—No necesito que me defiendan —le contesté sin siquiera mirarlo a la cara, y sentí como su rostro giraba para mirar a unos ojos ausentes.

—No lo dudo —me replicó al cabo de unos segundos. Me pregunto si esperaba un «gracias» a cambio.

—¿Qué quieres decir con eso? —Ahora sí me había detenido a observarlo antes de entrar al salón.

—¿Qué piensas que quiero decir? —Me devolvió la mirada y se metió al salón dejándome en la puerta parada con una pregunta que evidentemente había sido retórica.

Ofuscada por la actitud infantil de dejarme con la respuesta en la boca y contestarme una pregunta con otra, me fui a sentar a mi lugar, junto a un Iván perpetuamente ausente. Ese fue el

único momento de la clase en que agradecí haberme sentado junto a él, un antipático elocuente.

—¿Cómo te fue, cielo? —Mi madre llamó en su hora de descanso.

—Más o menos... —No me apetecía entrar en detalles en ese preciso momento. Quería almorzar y ponerme a ver alguna tontería en la televisión para olvidar la mañana transcurrida en la facultad.

—Entiendo, pero ¿te ha pasado algo malo? —Notaba a mi madre preocupada así que decidí darle alguna explicación para que no tuviera que pasar toda la tarde pensando en un problema inexistente.

—Nada, mamá, ya sabes cómo son los hombres...

—Lo sé, cariño, yo te dije que iba a ser así... Ya no estás en el instituto y la carrera que elegiste lamentablemente está colmada de hombres. ¿No tienes alguna compañera?

—Sí, pero hoy no fue.

—Lo siento mucho. Ojalá mañana aparezca y te haga algo de compañía, de seguro terminan siendo grandes amigas.

—No te preocupes, mamá. Ya pasará.

—No me gusta escucharte así, no dejes que se metan contigo, contéstales como bien tú sabes hacerlo, ¿de acuerdo?

—Así haré.

—Voy a almorzar, nos vemos esta noche. Adiós, cielito.

—Hasta luego, mamá.

Colgué el teléfono y me dispuse a calentarme las sobras del día anterior. Realmente no me apetecía comer, pero hacía más de doce horas que no ingería alimento por los nervios del primer día, así que...

Ya por la tarde, aún sola en casa e intentando averiguar a fuerza de «velocidad módem» cuáles eran los libros que tenía disponibles en la biblioteca municipal, estuve algo más tranquila.

Recordé las palabras de mi profesora de física del último año: «Esta sociedad aún está en pañales, Paola, recuerda que

no estás sola. Siéntete orgullosa por haber elegido una carrera poco convencional para nuestro género y cree en ti, porque te aseguro que tu apoyo será el único que necesitarás para salir adelante».

Adoré el último año del instituto.

Beatriz era nuestra profesora de *Física General*, con quien había formado una linda relación maestra-alumna, y quien a su vez, me había alentado a seguir con la orientación científica a temprana edad. Era la única que había creído en mí desde un principio, cuando ni mis padres daban crédito sobre mis aptitudes para las ciencias. Fue así que con ayuda de ella, curricular y extracurricular, pude graduarme del instituto con honores en las materias de matemática y física.

Ese fue el último año también para Beatriz en el instituto. Posteriormente se retiró del núcleo docente para jubilarse y cumplir su sueño de viajar. De vez en cuando recibía correos inesperados con alguna postal electrónica diciendo en qué parte del mundo se hallaba y prometiéndome volver a escribir pronto.

En un intento por subir mi autoestima me posé frente al espejo y traté de visualizarme a mí misma dentro de cinco años, recibida de ingeniera en electrónica.

A pesar de que mi vestimenta no ayudaba en lo más mínimo a imaginarme como una joven profesional, hice mi mayor esfuerzo por verme vestida como tal, con una chaqueta y pantalones formales, una camisa blanca con puntitos negros en contraste con el resto del conjunto, acompañado con unos mocasines también del mismo color, el cual me daba el aspecto sofisticado y serio que siempre quise tener pero que nunca había tenido la oportunidad de lucir.

Me veía con un corte de pelo diferente a lo que ahora, en vez de un lacio largo y oscuro con un tímido flequillo que se asomaba hacia los costados, me imaginaba prolija pero rebelde, quizá con unos mechones de otro color que sobresaltarán intercalándose en un corte desmechado que tan solo me llegara a los hombros; todo en perfecta sincronía con la medialuna apagada que formaba el arco de mis ojos.

Lo único que le faltaba a la ecuación era algo de maquillaje para cubrir un poco las ojeras violetas que con mucho o poco descanso siempre estaban presentes; herencia genética.

De mi brazo, en vez de un maletín profesional, colgaba la mochila de cuero negra desgastada y adornada con tachas que llevaba al hombro como trofeo de victoria, la cual me había acompañado durante todos los años de estudio.

Me gustaba ese estilo de rockera empedernida que idealizaba de mí misma. Así me veía. Alineada y segura.

Si al menos había podido imaginarme, de seguro iba por buen camino, ahora solo faltaba todo el proceso.

Volví a sentarme en el ordenador y continué averiguando sobre los libros que debía leer hasta que llegaron mis padres y tuve con quien conversar, al menos por un rato antes de que estuviera pronta la cena.

Cenamos en silencio, como de costumbre, mientras el televisor templaba el humor cansado de la casa hasta que todos nos fuimos a acostar, y la calma volvió a reinar una vez más

luego de intercambiar unos cuantos mensajes por chat con Javier.

SEGUNDO DÍA

Me levanté decidida a que este día no sería igual que el anterior. El toque de optimismo que me había inundado desde ayer, al visualizarme frente al espejo como una profesional, desencadenó en que le pusiera un poco más de cuidado a mi aspecto, como si fuera a tener una cita. Pero nada más lejos de la realidad.

Mi novio, Javier, se encontraba realizando un máster de programación fuera el país y hacía más de dos meses que no teníamos mayor contacto que unas cuantas videollamadas cuando coincidían nuestros horarios. La mayoría de las veces nos encontrábamos cansados y a destiempo para poder mantener una conversación con fluidez.

Sin embargo, me animaba saber que el próximo fin de semana estaría de visita en el país al menos por un par de días.

Había conocido a Javier por casualidad en un foro de informática, en el cual solía participar a menudo desde que hubo

internet en nuestro hogar y del cual con el tiempo me volví moderadora.

Javier resultó ser un forero local que vivía a solo un par de kilómetros de mi barrio y con quien, luego de conocernos por chat, decidimos quedar para vernos en persona.

Al principio nuestra relación fluía más como amigos, teníamos muchos intereses en común, incluyendo juegos, series y películas. Compartíamos gran cantidad de amigos cibernéticos y hasta habíamos organizado un encuentro forero aquí en Montevideo.

Poco a poco esa amistad fue mutando hasta que nos convertimos en pareja formal y no nos volvimos a despegar por casi un año, hasta que él tuvo que salir del país por el máster que su trabajo de programador le requería. Un curso pagado por la empresa.

Mi familia conocía nuestra historia y todos concordaban en que hacíamos una pareja ideal, y así lo éramos: dos *nerds* en potencia que preferían quedarse en una habitación jugando al

Prince of Persia, antes que salir a bailar con nuestros amigos carnales.

Lo extrañaba, pero a decir verdad ambos teníamos asumido que así sería nuestro futuro y estábamos de acuerdo con ello, los dos en el mundo de la programación o similar.

De cualquier manera... Ese día dejé los prejuicios de vestimenta en que me había sumido el día anterior y me vestí con ropa más propia de mí, pero no precisamente cómoda a nivel físico, sino al emocional. Ropa que transmitía verdaderamente mi forma de ser y no esa bola de lana blanca que me hacía parecer una especie de caniche toy gigante. Me vestí como soy, rockera.

Entonces, mis *jeans* negros gastados de tanto uso, mis botas cortas marrones, mi remera de manga larga azul, la mochila negra a tachas junto con mi sacón negro estilo Trinity en *Matrix*, me acompañaron al segundo día de clases, que por lo pronto pensaba iba a ser totalmente diferente, o al menos me iba a sentir cómoda en el intento.

Ni bien llegué, saludé a mis tres simpáticos nuevos amigos que permanecían juntos como atornillados frente a la puerta de la clase. Al parecer éramos los primeros en llegar.

—Al menos ya tenemos algo en común —dije en voz alta hacia todos ellos, lo que ocasionó unas cuantas sonrisas medio somnolientas producto de lo temprano que era: las siete y cuarto de la mañana.

—Estoy tan dormido que no puedo articular palabra —dijo Ramiro en un intento de romper el silencio que ocasionaba la soledad del recinto.

—Es mejor llegar temprano que tarde en estas clases, nunca sabes cuándo se va a llenar de recursantes. —Esta vez era Martín quien hablaba.

—¡Pero si ya éramos un montón ayer! —comenté estupefacta.

—Así es, es costumbre de Molina... —dijo reboleando los ojos al techo.

—¿Ustedes son recursantes? —pregunté ingenua.

—Nosotros no —dijo Martín señalando hacia Ramiro y a él mismo—, este cabeza de chorlito, sí. —Daniel ladeó la mano como gesto de presencia y se encogió de hombros resignado pero sonriente.

—Nos conocemos desde el instituto. —Ramiro debió identificar mi cara de desconcierto al respecto.

—Eso lo aclara todo. —Di la conversación por finalizada.

—Están comenzando a llegar, chicos, mejor que vayamos tomando nuestros lugares, ¿no les parece?

—Pao, anda, elige tú un buen sitio, que te seguimos —me alentó Martín.

—Pero que no sea muy adelante —solicitó Daniel. Mientras tanto, yo iba rebotando de asiento en asiento intentando complacer todas las demandas.

—Ya, aquí está bien, niñas —bromeé—, es la última vez que me muevo.

—¡Pero me da el sol en el banco! Me voy a dormir... —se quejó Martín, pero finalmente se sentó con cara de niño grande y echándome la lengua como gesto reprobatorio. Le devolví una

sonrisa irónica mientras los demás se acomodaron hacia mi izquierda, dejando el banco de mi derecha desprevenido y en donde aproveché a apoyar mi mochila. De ninguna manera iba a dejar libre el asiento para que Iván volviera a sentarse conmigo. Actitud infantil o no, ese día había comenzado distinto y así seguiría, sin la mala leche de las personas de ayer; evitándolas.

A diez minutos antes de comenzar la clase el salón estaba casi lleno, con excepción de la silla que estaba a mi derecha albergando la «reluciente» mochila rockera a fuerza de tachas que yo misma había colocado, y cuatro asientos más que yacían libres al frente del salón, dilucidando el rechazo que provocaba sentarse cerca de Molina. Algunos incluso habían preferido quedarse de pie, recostados sobre la pared.

Por un momento me sentí mal al tener la silla ocupada, pero por otro lado pensé que estaba rodeada de chicos mayores de edad, o sea hombres, y que si ninguno de ellos había querido preguntarme si el asiento estaba desocupado era su problema.

Me sentí cómoda con ese cambio de actitud y me esmeré en ignorar mis propias contradicciones.

Hoy, más lejos de Molina y con menor timidez, podía apreciar su figura desde otro ángulo. Desconocía la edad del observado pero tenía aspecto de ser un hombre adentrado en los cuarenta, con poco pelo, un cutis pálido con barba que apenas dejaba ver una sombra en el contorno de su quijada y unos anteojos peores que los que usaba Ramiro. O sea, más viejos, bifocales y de esos que se adaptan a la luz.

Evidentemente un hombre soltero si me preguntan, al menos así lo intuía, se le notaba hasta en el andar.

Ni bien volví en mí, Molina había comenzado con la clase aun faltando cinco minutos.

Con la puerta ya cerrada y abarrotada de gente, dos golpes en seco detuvieron las palabras del profesor que ahora, malhumorado, se acercó a la entrada esparciendo a los alumnos como quien lo haría con moscas. Del otro lado de la puerta, un José con sus largos y lacios cabellos rubios

penetraba al salón con su mochila estilo militar a cuestas y los ánimos despiertos.

—Buenos días —saludó a la clase entera con voz firme y alegre.

El profesor lo miró de arriba a abajo y lo alentó a que se apurara a sentarse en el salón con otro gesto de manos, pero esta vez como si fueran aleteos de mariposa, apretando los labios y comprobando con la vista por encima de las gafas que aún no eran las ocho de la mañana para poder recriminarle al alumno la impuntualidad.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que Daniel me chistaba por detrás.

—Chist, Pao, chist.

—¿Qué pasó?

—Saca la mochila que viene José.

—¿Cuál? ¿Mi mochila?

—No, la de Molina...

Resignada a que José se sentara a mi lado retiré la mochila de mala gana justo cuando él estaba a tan solo centímetros del

asiento. Mientras tanto el salón permaneció en silencio hasta luego de haberse ubicado en su lugar, con lo que el profesor continuó:

—Músico —se refirió a José que ya estaba sentado junto a mí con su espalda recostada en el banco—, ¿está usted listo?

—Cuando usted quiera, profesor. —José observó a Molina y haciendo gala de su elocuencia sacó un bolígrafo y un cuaderno hecho añicos de una mochila que no lucía mucho mejor.

Una vez que el profesor se volteó para continuar con la clase, José giró para saludarnos.

—Buenos días. —Me observó sin mirarme directamente a los ojos.

—Buen día —le contesté a secas.

—¿Alguien se levantó de mal humor hoy? —susurró con la mano apoyada en el mentón.

—No, no lo estoy, ¿por qué habría de estarlo? —Lo examiné irritada por su presencia; él me dirigió una mirada fugaz y siguió prestándole atención al pizarrón.

¿A quién se le ocurría comenzar una conversación de esa manera? ¿Yo, de mal humor? Pff... Otro más con el síndrome de Iván.

En un intento de ignorar la frustración que me producía mi compañero de banco, probé distraerme con la clase del profesor pero fue en vano. No podía prestarle atención al repaso de límites ni a la construcción de gráficas nuevamente, así que me dediqué a pulular la vista por todo el salón que parecía estar lleno de rostros diferentes de los de ayer; si eran los mismos no sabría decirlo, no les había prestado mucha atención.

Reparé en un cabello largo, rubio y cuidado que yacía entre otros cortos, morochos y desprolijos de espaldas al resto de la clase, frente a la primera hilera de asientos que ahora estaban todos ocupados. Una cabellera inconexa con el resto de los folículos presentes se asomaba de entre una hilera de personas sentadas en el suelo.

Esa debía ser mi compañera. ¡Sí! Había venido, ¡ya no tenía por qué tolerar las arduas horas de estudio entre la horda de

subnormales que me rodeaba! Sonreí para mis adentros por la exageración de mis palabras.

El cuadrilátero que formaba con los chicos que había conocido me agradaba lo suficiente, a pesar de que José ya parecía ser un integrante más, pero la idea de poder incluir en el grupo a otra chica me entusiasmaba aún más. Le hablaría en el recreo, ¡sí, señor!

Reconozco que mi cerebro se estaba comportando como un estúpido, pero necesitaba una distracción para no dormirme.

—Podría haber sido peor, ¿no lo crees? —Otra vez José intentaba hacerse el simpático conmigo.

—¿Qué cosa? —le contesté sin mirarlo, consciente que ninguno de los dos estaba depositando sus órbitas oculares sobre nosotros sino en un compenetrado Molina frente al pizarrón.

—Podría ser Iván quien estuviera aquí sentado. —Ahora se tapaba la boca para no dejar entrever sus dientes por la gracia que le había provocado su propio comentario.

—Por lo que percibo de ambos podrían ser perfectamente gemelos... —Al parecer mi respuesta lo había dejado satisfecho, no parecía ofendido ni enojado. Al cabo de unos segundos me contestó acercando su cuerpo al mío y sin mirarme completó:

—Ouch.

No pude evitar sonreír de manera irónica y apoyando la cabeza en las manos, volví mis ojos al cuadriculado de la hoja y me dediqué a dibujar tribales como lo hacía antes desde otro salón.

Durante la pausa del recreo me dediqué a seguir a mi nueva rubia mejor amiga y dejé a la estrella de la muerte de cinco puntas en un cuadrilátero sobrepoblado de testosterona y cuando quise acordar, estaba parada frente a la puerta del cuarto de baño.

Una cabeza se asomó tras el marco, lo que me hizo pegar un susto bárbaro.

--FIN DE LA MUESTRA GRATIS--

Si te gustaría leer el libro y estás dispuest@ a dejar un comentario en Amazon, Goodreads o hacer una reseña sin *spoilers*, puedes escribirme a pauladegrei@gmail.com.

Puedes escuchar el soundtrack de *Independiente* en **Youtube**. Música y letra de J. W. y si le dejas un *me gusta* se va a quedar contentazo: <https://goo.gl/NSgjfo>.

Si te gustó lo que leíste puedes adquirir el libro en su formato eBook o tapa blanda desde **Amazon**:
<https://goo.gl/kzudH9>.

Si quieres acosarme por alguna red social estaré encantada de conectar contigo:

Gmail: pauladegrei@gmail.com

Blog: <https://pauladegrei.com/>

Twitter: <https://twitter.com/lalocareprimida>

Facebook: <https://www.facebook.com/lalocareprimida/>

Instagram: <https://www.instagram.com/lalocareprimida/>

Goodreads: <https://goo.gl/CHrvCe>

YouTube: <https://goo.gl/XMmZiZ>

Listo, ya me cansé. Esto de ser simpática agota ;)